

Actualidad de santa Teresa de Ávila.

«Cantaré eternamente la misericordia de Dios»

Angela Tagliafico

Doctora en Teología espiritual, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum

Notas

Introducción

Santa Teresa de Ávila ha llegado hasta nosotros a través de los siglos como la gran maestra de la oración y de experiencia espiritual plena, casi como un punto de referencia para explicar en la Iglesia todas las experiencias místicas. El 27 de septiembre de 1970 fue proclamada Doctora de la Iglesia por el Papa Pablo VI, y esto contribuyó ulteriormente a valorizar su doctrina sobre todo en lo que se refiere a su antropología de la comunión del hombre con Dios, y a su teología espiritual y simbólica, narrada a través de su feminidad.

Debemos habituarnos a contemplar las obras de Dios y, sin duda, los santos son Sus obras por excelencia; constituyen una fuente importante de inspiración para nuestra fe interior, para nuestra esperanza espiritual, y para nuestra fidelidad y amor a Dios.

En esta breve contribución examinaré el aspecto particular de la espiritualidad de Teresa de Ávila en relación a su antropología de la comunión del ser humano con Dios, que fundamenta parte de su doctrina espiritual y la convierte también hoy en maestra para todos los que desean llegar a una unión plena con Dios Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo.

1. Dios se da totalmente a los que se dan totalmente a Él

Hace tres años hemos celebrado los 500 años del nacimiento de Teresa, nacida en Ávila el 28 de marzo de 1515, y hemos reflexionado sobre el significado auténtico que ella ha dado a la espiritualidad cristiana, que consiste en esto: no somos nosotros quienes buscamos a Dios, sino que es Dios quien nos busca continuamente y nos invita a la plena comunión con Él. Teresa ha experimentado y enseñado que Dios se da totalmente y en libertad, y este es

el principio básico de la mística cristiana, pero solamente a quienes se dan totalmente a Él.

Este presupuesto fundamenta el ascetismo fuerte y exigente de Teresa, que tiene sin duda un punto de partida místico, autenticado además por su propia vida. Ella aprendió la lección de un recto ascetismo precisamente a partir del ingreso en la vida mística, en la progresiva revelación de un Dios que se da y quiere que también el hombre se dé a Él. Para Teresa el hombre tiene que comenzar su recorrido de reconstrucción personal basándose en aquel Dios que opera potentemente la salvación en cada uno, sobre aquel Dios que se revela donándose.

Es verdad que la persona que no sabe recibir, no se sentirá tampoco llamada ni capaz de donarse. Teresa lo dice explícitamente: «Si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar»¹, porque «es imposible, conforme a nuestra naturaleza - a mi parecer -, tener ánimo para cosas grandes quien no entiende está favorecido de Dios»².

El misticismo que explica y justifica el ascetismo teresiano, no tiene un significado restringido, pero esto no significa que no se trata de un misticismo auténtico. Cada cristiano es un místico en el sentido que recibe de Dios dones en abundancia: ¡y esto es lo esencial! Dios precede siempre al hombre, lo antecede y provoca su acción. El misticismo ascético teresiano consiste precisamente en el hecho de que la persona trabaja en el propio crecimiento y prepara los caminos al Señor sólo cuando ha constatado, en su vida, el don que ha recibido de Él. Esto es fundamental para santa Teresa, y desde aquí comienza y recomienza, haciendo que su esfuerzo ascético sea realmente eficaz y perseverante³.

En la ascética teresiana, la persona que experimenta la acción de Dios en la propia vida se purifica en profundidad y extensión. Dios, dándose místicamente, no la exenta de una participación activa en su regeneración, sino que la hace más urgente y amplia, porque cada comunicación divina comporta la imperiosa e ineludible necesidad de secundar el don.

Para Teresa, Dios se da al hombre como la fuerza que, atrayéndole en su órbita, le permite salir de la esfera de todo lo que no es Él. La posición teresiana rechaza, así, toda pasividad, para afirmar la urgencia de una respuesta

¹ TERESA DE ÁVILA, *Libro de la vida*, 10, 4, en *Obras completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 20005, 55.

² Id., *Libro de la vida*, 10, 6, en *Obras completas*, 56.

³ J. CASTELLANO CERVERA, *Introducción a la lectura de s. Teresa*, Editorial de espiritualidad, Madrid 2002, 67-68.

responsable del hombre, poniendo en evidencia el hecho que Dios ayuda e infunde un coraje viril en la persona para que se entregue completamente a Él.

Recibir y poner en acto todo lo que ha recibido fue sin duda la principal ocupación de santa Teresa, quien ante las gracias divinas con las que fue favorecida, no permaneció puramente pasiva, sino «activo-pasiva». Pasiva en cuanto recibió el don de Dios en ella, activa en cuanto hizo posible que este don divino se transformara en ella en motor capaz de poner gradualmente en tensión toda su persona. Escribe a este propósito: «Procure esforzarse a servir y a mejorar en toda su vida»⁴.

En la ascesis teresiana el alma sufre mucho por un extraño y lacerante sentido de estar siempre en deuda con Dios. Su parte, lo que ella realiza, es nada en relación a cuanto ha recibido y recibe continuamente. Teresa anota a este propósito: «¡Oh hermanas mías, que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéremos hacer por un Dios que así se quiere comunicar con un gusano!»⁵

La ascética teresiana es, así, mística, porque su fin es la unión con Dios a través de la oración, y ello explica plenamente su rigor y severidad. La lucha y el esfuerzo, en Teresa, miran a elevar al hombre al otro polo de la vida, Dios, en una ascesis de la amistad, cuyo punto focal es el otro Amigo⁶.

En línea general y como horizonte de fondo, Teresa habla de la absoluta necesidad de disponerse plena y radicalmente, como condición imprescindible para que el don divino tenga una eficacia renovadora porque, escribe, «ni obra en el alma, como cuando del todo, sin embarazo, es suya; ni sé cómo ha de obrar: es amor de todo concierto»⁷.

En la ascética teresiana disponerse significa eliminar en sí mismo todo residuo del hombre viejo, trabajar en la recreación del espíritu, y cultivar un amor oblativo, abierto a la voluntad del Otro, como se presente. La ascesis de Teresa se encuentra aquí: un compromiso a fondo, sin pliegues, con valiente decisión, para eliminar todo obstáculo al Amor.

Tal esfuerzo ascético no es para santa Teresa un agitarse en el vacío, casi fortuito; en efecto, ¡para ella el hombre no se dispone para ver si después pasa algo! Es Dios quien le comunica esta necesidad, a través de la certeza de que Él quiere darse y, por lo mismo, a tal fin, desea esta disposición. Teresa

⁴ TERESA DE ÁVILA, *Castillo interior o Las Moradas*, VI, 2,5, en *Obras completas*, 890.

⁵ ID., *Castillo interior o Las Moradas*, VI, 4, 10, en *Obras completas*, 903.

⁶ M. HERRAIZ, *Cbiavi della spiritualità teresiana*, Edizioni o.c.d., Roma 1998, 106.

⁷ TERESA DE ÁVILA, *Camino de perfección*, 28, 12, en *Obras completas*, 747.

no se cansa de repetirlo: «Paréceme que querría dar voces y dar a entender a todos lo que les va en no se contentar con cosas pocas y cuánto bien hay que nos dará Dios en disponiéndonos nosotros»⁸.

Teresa, basándose sobre su experiencia, pone el acento sobre el hecho de que la solicitud del hombre a bien disponerse ejercita sobre Dios una fascinación irresistible: «Como no estaba su Majestad esperando sino algún aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales de la manera que diré»⁹. Entonces puede afirmar y repetir con seguridad que a la disposición humana responde y corresponde infaliblemente la comunicación divina. Es la tesis teresiana, que naturalmente puede comportar excepciones a motivo de la imprevisible liberalidad y absoluta libertad divina, aunque se puede hablar de una ley general que ella enuncia en estos términos: «como digo, dalo el Señor a quien quiere y aun a quien mejor se dispone»¹⁰.

La ascesis teresiana es por esto radical y total, y Teresa afirma con decisión: «pasad delante de vuestras obrillas»¹¹. Con la seguridad de que Dios no dejará de dársenos, porque no se trata de quimeras o de un camino hacia lo desconocido para probar fortuna. La aventura ascética se funda sobre el conocimiento del ser y del actuar divino, y, por lo que depende de Dios, Él no fallará, y esto basta para Teresa.

La vida ascética teresiana tiene un destino muy preciso: el prójimo, la Iglesia, todos los hombres. Si ella la ha vivido con «tanta aspereza en lo externo»¹², ha sido en función del bien de otros y todo lo demás pasó a un segundo plano. Teresa, en efecto, ha actuado siempre con el propósito de acrecentar la santa fe católica y por tal motivo ha iniciado su primer Carmelo.

La vida ascética teresiana, vivida con semejante finalidad de servicio a la Iglesia y a la humanidad, no corrió el peligro de una retirada egoísta, fácil, por quienes se consagran a la oración en el retiro y en la más grande soledad; tal finalidad, además, ofreció a Teresa un apoyo claramente humano y evangélico.

Desde esa perspectiva se ve bien cuánto la ascesis teresiana esté orientada hacia la interioridad de la persona y busca formar buenos amigos de Cristo. Santa Teresa no llegó a esto más que viviendo interiormente atenta

⁸ TERESA DE ÁVILA, *Cuentas de conciencia*, 1,5 (1560), en *Obras completas*, 971.

⁹ TERESA DE ÁVILA, *Libro de la vida*, 9, 9, en *Obras completas*, 53.

¹⁰ TERESA DE ÁVILA, *Libro de la vida*, 39, 10, 281.

¹¹ *Id.*, *Castillo interior o Las Moradas* III, 1, 6, en *Obras completas*, 833.

¹² *Id.*, *Camino de perfección*, 1, 1, en *Obras completas*, 651.

a las exigencias del amor, con «los ojos en vuestro Esposo»¹³, y en un gran olvido se su yo, o sea en una polarización total hacia el Amigo y sus intereses. De tal modo ella contribuyó a crear la Iglesia y construir la comunidad.

La ascesis teresiana, por lo tanto, vista desde el lado humano, es la respuesta al amor del cual el hombre se sabe amado, por eso conjuga la máxima exigencia e intransigencia con la más amplia y humana suavidad. Tal ascesis interesa y toca la persona, tomándola desde las raíces y no desde la periferia de las realidades y prácticas penitenciales.

2. Actualidad de la experiencia espiritual teresiana

Para santa Teresa es el hombre quien tiene necesidad de una re-creación interior, por ello busca recomponer a la persona desde lo interior, porque es ahí donde se juega la lucha para llegar a ser plenamente hombres y mujeres.

Entre todos los escritos teresianos seguramente es el *Libro de la Vida* el que ha puesto mejor en evidencia la realidad más importante de la vida de Teresa, es decir Dios, el gran protagonista de su historia personal. En toda su existencia ella descubrió a Dios en acción, y cuando luego quiso despersonalizar y universalizar su Autobiografía, escribió el *Castillo Interior*, y, al concluirlo, afirmó con palabras breves y sintéticas que el libro no trata de otra cosa más que de Dios¹⁴.

Precisamente en lo que acaba de afirmarse reside la actualidad de santa Teresa, es decir, en el hecho de que ella ha proclamado un Dios del cual ha hecho plena experiencia, siempre presente con una presencia real y viva. El Señor le concedió gracias, la llamó, favoreció y ayudó, la esperó y soportó, embelleció sus faltas, e hizo resplandecer como suyas las virtudes que Él mismo le había dado. Él fue en ella presencia activa y salvífica; Dios de misericordia y siempre fiel a sí mismo¹⁵.

Cuando Teresa se ha resistido, la acción de Dios se revistió con paciencia y dolorosa esperanza, con fecunda inventiva y con múltiples modos para volver a llamarla y despertarla, haciéndose presente sensiblemente. Jamás ella lo experimentó hostil o en una completa espera pasiva¹⁶.

¹³ Id., *Camino de perfección*, 2, 1, en *Obras completas*, 515.

¹⁴ Id., *Carta 207*, 7, en *Obras completas*, 1581.

¹⁵ Id., *Libro de la vida*, 4, 10, en *Obras completas*, 21.

¹⁶ Cf. E. RENAULT, *L'orazione teresiana*, Edizioni o.c.d., Roma 2004, 139.

Teresa enseña también hoy que Dios, en Cristo, es amigo y maestro; libro vivo, cuyas páginas Él mismo abre gradualmente delante de los ojos asombrados de los hombres, dejando impresa en su alma la verdadera sabiduría¹⁷.

Para santa Teresa la acción divina no busca comunicar a Su creatura nuevos conocimientos sobre Sí mismo, sino transformar su vida, hasta que llegue a ser una creatura nueva. El efecto transformante de cada gracia mística es testimoniado abundantemente por Teresa en todas sus obras. Pero también es afirmada la responsabilidad con la cual la persona debe asumirlo.

La comunicación divina, por tanto, se presenta – según su experiencia – como una fuerza que moviliza a la persona dándole la posibilidad de una respuesta que la introduce en la corriente de amistad ofrecida de modo tan realista por Dios

La experiencia prolongada y profunda de Dios que se comunica, que realiza siempre y constantemente la salvación, produjo en ella una actitud de optimismo y de esperanza, que no oscureció ni debilitó las continuas tomas de conciencia de su fragilidad. Teresa, en la perspectiva de un Dios que se entrega, descubrió que ella debía ser solamente Suya; debía vivir para Él, sin sustraer nada a esta donación. Ella comprendió, y enseña también hoy a los hombres, que a Dios no se le dan cosas, ni se le dedican tiempos: es la persona, en su integridad, que tiene que llegar a ser Su posesión¹⁸.

Así, Teresa interpretó su vida a la luz de Dios, en referencia existencial a Él. La vida para ella fue su relación con Él. Una relación ontológica, en la fe, aceptada amorosamente, con un compromiso vivido tanto en el dolor como en la alegría. Dios llegó a convertirse realmente en el dolor o la alegría de la vida de Teresa: ello explica las penas y luego la unidad alcanzada; fue al inicio el drama y luego el gozoso desenlace. Teresa confirmó con su existencia que Dios es siempre gracia y a la vez exigencia¹⁹.

Teresa proporciona en Dios la llave de interpretación del íntimo sufrimiento y de la alegría más auténtica del hombre, por eso con toda verdad y en todo momento de su itinerario espiritual, la persona existe en la medida de su enraizamiento en Dios²⁰.

Narrando su abundante experiencia, Teresa presta un gran servicio a los hombres de todos los tiempos, porque les ayuda a establecer un acercamiento existencial confiado con este Dios que obra la salvación en cada persona.

¹⁷ Cf. TERESA DE ÁVILA, *Libro de la vida*, 26, 6, en *Obras completas*, 166-167.

¹⁸ Cf. ID., *Camino de perfección* 28, 12, en *Obras completas*, 747.

¹⁹ M. IZQUIERDO SORLI, *Teresa de Jesús*, Ediciones S. Pablo, Madrid 2006, 66.

²⁰ Cf. M. IZQUIERDO SORLI, *Teresa de Jesús*, 66.

La presencia de Dios fue la realidad decisiva de la experiencia teresiana, decisiva para la vida; en efecto, solo a partir de la comprensión de la experiencia de Dios, del rostro con el cual Dios se manifestó, es posible comprender lo esencial de su mensaje doctrinal.

La atención a la Persona divina, sobre la cual insistió tanto santa Teresa, tiene una función eminentemente pedagógica: descubrirse a sí mismos a la luz de quién es Dios. En efecto, su oración ilumina progresivamente la naturaleza de los dos actores del diálogo de amistad, a fin de crear la armonía y la unión de amistad; como Teresa afirma, «estudiar cómo haré mi condición que conforme con la suya»²¹.

Ciertamente, la experiencia teresiana pertenece exclusivamente a ella, y es irrepetible en sus modalidades concretas, pero tanto a ella como a nosotros hombres y mujeres de hoy, nos interesan el contenido y los caminos que abre, o mejor dicho, que hacen visibles y que trascienden indudablemente su caso y se mueven en una dimensión de universalidad²².

Dios reveló en santa Teresa su modo de obrar, y al mismo tiempo reveló a las personas el camino a recorrer, estimulándoles y pidiéndoles la respuesta necesaria. La gracia es exigencia; el don engendra compromiso. Esta exigencia y este compromiso progresan por dos caminos, que sirven luego para definir la actitud del hombre que desea ser espiritual. Se trata en primer lugar de una actitud de pobreza, receptividad y acogida. El hombre es en cada instante lo que recibe de Dios; es conducido por el Señor en el desierto de su pobreza constitutiva, con el fin de volver a aprender el camino hacia la tierra prometida.

El hombre no posee nada que no haya recibido. Si Dios es Aquel que da incansablemente, el hombre para Teresa se especifica como aquel que no debe cerrarle con soberbia las puertas de su indignidad; en efecto, toda riqueza humana que no lleva el sello de Dios es injustificada. Cultivar esta actitud de receptividad o pasividad, de sustancial pobreza ante Dios, es la mejor confesión de un Dios que es amigo de dar. Además, es un paso previo, una base sólida, para la reconstrucción de sí mismos. Cansarse de recibir significa, para el hombre, la negación de Dios-don, y por lo mismo constituye para él una autocondena que daña su plenitud.

La experiencia de Dios, donador y protagonista de la historia salvífica del hombre, es el centro de la vida espiritual en términos de relación interpersonal. Para Teresa la persona se constituye a partir del don que Dios le hace

²¹ Id., *Camino de perfección*, 22, 7, en *Obras completas*, 728.

²² D. MAROTO, *Teresa en oración*, Editorial de espiritualidad, Madrid 2004, 65.

de Sí mismo. Don que se convierte en exigencia de una adecuada respuesta personal, porque el amor y la amistad duran, dice Teresa, si existe igualdad de condiciones²³.

Las vías para alcanzar tal igualdad de condiciones conducen a la raíz del ser, porque es allí que la persona humana está herida y es allí donde debe ser curada. No lo logra ciertamente una ascética hecha únicamente de ritos y de prácticas, de programas y de métodos bien organizados, que sirven más bien a esconder la realidad íntima y a asfixiar la vida cuando la atención se polariza en otra parte.

La luz divina obliga a bajar en profundidad. La humildad, la libertad y el amor son actuaciones de Dios anteriores a nuestras acciones o virtudes. Él, a través de Su comunicación, sitúa al hombre progresivamente en humildad, libertad y posibilidad de amar, y así exige y traza en él un camino de respuesta y de compromiso²⁴. Para Teresa el hombre no recibe nada ya hecho, sino que Dios pone en sus manos todo lo que es necesario para que pueda hacerlo todo.

En verdad, la grandeza, la potencia, la magnificencia del Señor se reveló en Teresa, porque Dios la hizo completamente suya convirtiéndose en ella de tal modo presencia total, exclusiva y única, que da un significado y un contenido también exclusivos y únicos a toda su existencia y a cada una de sus actividades, más allá de los siglos.

Conclusión

Al contemplar a santa Teresa, la conclusión más espontánea que brota en nosotros es que Dios es grande. El sentido de maravillas que el Señor realizó y el espectáculo de Dios que Teresa representa, honran al mismo tiempo a Dios que es el Autor y a ella que es el fruto de su obra, y tal consideración debe ocupar gran parte de nuestro espíritu en actitud profundamente contemplativa

Teresa es maestra de la experiencia de Dios amor, como comunión esencial al hombre. Las modalidades profundas e irrepitibles de tal experiencia pertenecen a la libre decisión de Dios, pero la sustancia de tal comunión es el don de cada hombre, y es el don a través del cual Dios irrumpe personalmente en la vida de la persona, para colmar todos sus deseos, que son infinitos, y para hacer luminosas todas las esperanzas que se agitan dentro

²³ Id., *Libro de la vida*, 8, 5, en *Obras completas*, 45-46.

²⁴ Id., *Castillo interior o Las Moradas*, V, 3, 5, en *Obras completas*, 873.

de la persona y que muchas veces, por desgracia, llegan a ser causa de insatisfacción, de angustia, y también, muchas veces, de una amarga tristeza.

Además, Teresa es maestra de la alegría cristiana que no reconoce diferencias aristocráticas entre los hijos de Dios, sino que cree que todos son llamados a conocer y a amar al Señor en la plenitud de una experiencia – que se llama madurez de la fe, de la esperanza y de la caridad cristianas – que es un gran anuncio para los hombres y las mujeres de hoy, que muchas veces nos sentimos tan pequeños y aplastados por el poder de una humanidad indistinta²⁵.

Santa Teresa nos recuerda continuamente que también nosotros estamos llamado a ser santos, porque estamos llamados a ser imagen y semejanza de Dio con la realización y el cumplimiento de nuestra vocación personal, donde la comunión con Dios y la experiencia de Él se convierten en la gran presencia, la única verdad y el gran amor: en una palabra, llegan a ser vida.

²⁵ P. VILLAREJO, *La hora deseada*, Monte Carmelo, Burgos 2002, 129.